

## BAJO UNA CÚPULA DORADA

En el horizonte de los accesos a la ciudad flota una cúpula dorada que sorprende al visitante. Bizancio se retrata en la ingravidez de su corona y en los huecos de las ventanas del tambor. La belleza de la cúpula no desmerece con el resto de la iglesia ecléctica, reconvertida en salón de actos. La iglesia nunca ha sido desacralizada; eso nos lleva a suponer que los actos, exposiciones, presentaciones y conferencias que tienen lugar entre sus muros cuentan con el beneplácito terreno y la anuencia celestial.

El templo y su bruñido domo forman parte del Pignatelli. En el antiguo Hogar Pignatelli está (lo saben muchos aragoneses, no todos) la sede de la Diputación General de Aragón, órgano de gobierno de Aragón.

Los muros del Pignatelli, en sucesivas ampliaciones y modificaciones, han vivido, sentido y sufrido los últimos trescientos años de la vida de Zaragoza. La Real Casa de Misericordia y el Padre de Huérfanos fueron las primeras instituciones que habitaron en el recinto. Sus paredes y vigilantes torreones han albergado en distintas etapas: hospicio, cárcel, casa cuna, cárcel, hospital militar, cárcel; y ya contemporáneamente: Instituto de Bachillerato, sede de banda musical, brigada de la Cruz Roja, imprenta. . . y hasta centro de entrenamiento de las fuerzas de seguridad del estado. La propia cafetería del edificio está ubicada en lo que fueron las mazmorras de la mismísima inquisición. No es de extrañar que entre sus pasillos, bóvedas, subterráneos, pasadizos y rincones varios, sucedan cosas extrañas y se escuchen sonidos y ayes, que nada tienen que ver con la condición humana; ni con los lamentos, lloros y pactos de los políticos. Aunque, en ocasiones, unos y otros, sean igual de terribles y pavorosos.

Formando parte del nuevo equipo de uno de los gobiernos de nuestra Comunidad viví el suceso más sorprendente y tenebroso de cuantos se puedan imaginar.

Había llegado el momento del cambio y empezó el baile. No hay nada más divertido y al propio tiempo más patético, que un relevo gubernamental. Los ceses, los nombramientos, las miradas de los entrantes y de los salientes cruzándose alevosas en los pasillos, son dignos de una película de Fellini. Sorprendí a un alto funcionario

cantando melancólico a su sillón “Las hojas muertas” mientras recogía sus efectos personales. Adiviné lágrimas en los ojos del que no supo, o no pudo, cambiar de opción política a tiempo. Escuché la risotada nerviosa de otro de ellos al despedirse de su secretaria. Era el infierno o el paraíso de Dante según de que lado de la puerta se observara.

Terminado el proceso de reconversión administrativa nos repartimos las distintas obligaciones para cumplir el compromiso adquirido en el programa electoral. A mi despacho se accedía por uno de los bellos patios del Pignatelli; un pequeño estanque reflejaba los alegres árboles y desde la puerta de entrada podía verse la dorada cúpula bizantina. Una fuente callada, pero no muda, se miraba en los amplios ventanales.

Un buen día escuché a dos funcionarias hablar sobre voces misteriosas y lamentos infrahumanos en alguno de los pasillos y recovecos del Pignatelli. Estos comentarios despertaron en mí un especial interés por el edificio, ya no sólo era el simple atractivo arquitectónico, aquellas paredes repletas de historia y de sucesos, escondían algo más que tradición y memoria. Indagué, pregunté, leí y busqué todo tipo de información. Era fascinante. Su construcción, sus distintos destinos y las instituciones que allí residieron me sedujeron; sin embargo, fueron las almas que lo habitaron las que despertaron mi sugestión.

A partir de entonces me convertí en oyente de murmullos, en ojeador de sombras, en cómplice de leyendas. Descubrí los signos masónicos en sus arcos. Admiré la composición en planta de los patios laterales donde gobierna el número siete: siete vanos en el norte y en el sur, veintiuno en el este y el oeste. Los siete cielos, las siete jerarquías. Símbolo de la vida eterna entre los egipcios, el siete, es un regulador de vibraciones: siete son los colores del arco iris y siete las notas de la gama diatónica. Contemplé mil veces la espectacularidad del patio central que alberga la iglesia y que está flanqueado por vanos de nueve arcos: el número de las esferas celestes. . . y el de los círculos infernales; la medida de las gestaciones; el coronamiento de los esfuerzos; el término de una creación.

En mi afán investigador me enteré de que en el exterior bajo la entrada Norte existía un enorme aljibe de dimensiones desconocidas. Era por esa puerta Norte por donde durante muchos años y antes de amanecer, el ignominioso carro del Padre de Huérfanos salía hacia su terrible misión diaria. Corría el siglo XVII y Zaragoza era

una ciudad que crecía amparada en una burguesía poderosa y omnipresente en todas las manifestaciones sociales. El pueblo llano, las gentes que abandonando el campo llegaban a la capital, no tenía demasiadas salidas: la servidumbre, la artesanía, la incipiente industria, el ejército o la mendicidad eran las únicas alternativas. En épocas de mala cosecha el problema se multiplicaba. Numerosos niños recorrían las calles practicando la pordiosería. La burguesía, entre el sentimiento de piedad y el miedo cerval a la pobreza, creó instituciones y sistemas para “borrar” de la fisonomía ciudadana el incómodo espectáculo de los indigentes, huérfanos y delincuentes de baja estofa. Como en todas las épocas, los verdaderos delincuentes no se encontraban entre aquellos miserables que pululaban por las calles.

La llamada Casa de Misericordia se instaló en unos modestos e insalubres barracones, justo en el solar que después ocuparía el Pignatelli. Cada mañana el terrible carruaje recogía a todos los “huérfanos y delincuentes” que encontraba; sobre todo a los niños, que eran los más indefensos. Se trataba de una limpieza sistemática, con el objetivo de recluir a todo aquel que no pudiese mantenerse por sí mismo. Tal era el carácter carcelario de la Misericordia que la Santa Inquisición, tan fiel a sus deberes represivos, enviaba sus excedentes a la Casa cuando la Aljafería, su habitual prisión, se llenaba.

Algunos escritos describen la tragedia de aquellos niños: relatan su terror y el estremecimiento que sentían al oír en las primeras luces del alba el chirriar de las ruedas de la abyecta carreta. Aquello ya es historia; sin embargo, los que la sufrieron, dejaron sus huellas y sus lamentos en el recinto. Jamás se borrarán, nunca dejarán de oírse.

Una noche, como tantas otras, terminada la jornada, vació el edificio de personal y funcionarios, me enfrasqué en entretenida charla con los guardias de seguridad. Nuestra conversación giró en torno a los hechos excepcionales que parecían ocurrir entre los rehabilitados y gruesos muros del antiguo Hospicio. Uno de los guardas confesó con voz trémula, haber visto un extraño espíritu con hábito de religiosa deambular por el antiguo coro. Fue un relato sincero, cargado de reservas ante el temor de ser mal interpretado. El hombre tenía fama de serio y responsable. Describió la

inquietante sombra de la monja gesticulando, tratando de entonar un canto inaudible. Escondiendo sus desdentadas y negras encías bajo su huesuda mano.

Nos miramos todos entre incrédulos e interesados. Recabamos datos, fechas. . . hora. Había sucedido una noche de noviembre, no a primeros de mes, tampoco había sido a las doce; fue más tarde, sobre las dos o las tres de la madrugada.

Durante días estuve dándole vueltas a la fantástica historia. Una noche volví a coincidir con el relator. Intercambiamos impresiones y decidimos, como un par de adolescentes, acudir a la cita del más allá. El aniversario de la primera visión estaba a punto de cumplirse, así que mi amigo pidió estar de servicio aquella noche. Nos emplazamos para la fecha señalada.

Debo reconocer que no las tenía todas conmigo cuando el reloj de la cúpula dorada dio las dos. Miré a mi compañero de aventura, tenía el rostro contraído por la tensa espera. Desde lo que había sido el coro contemplábamos el interior de la iglesia, vacío y silencioso. Todo el edificio estaba en calma, hubiésemos oído el volar de una mosca, nada se movía, todo permanecía inalterable; salvo nuestros corazones. A eso de las tres un gélido viento atravesó el coro, sonó como el chirriar de una puerta, el vello se nos erizó violentamente y un hedor fétido invadió el recinto.

Una sombra grisácea, casi transparente, pareció reflejarse contra la pared del antiguo coro. Fue sólo un instante, un instante eterno como el segundo anterior en el que presentimos el golpe de un accidente o el preludio nervioso en la fracción de segundo precedente a la herramienta, el bisturí o el cuchillo, que lacera nuestra carne. El soplo de aire helado cesó al desaparecer la maldita silueta, mientras uno de los portones golpeaba violentamente contra su marco.

Recuperamos el habla al cabo de unos minutos.

- Una ventana abierta – dije sin convencimiento.
- Una ventana abierta - respondió mi cómplice, trémulo.

Serían cerca de las cuatro cuando dejamos el coro: el hedor había cesado y la temperatura volvía ser la del ambiente; ninguna ventana abierta. Llegamos a Presidencia sin comentar nada. Bajamos a la entrada presidencial en la fachada norte, no tomamos el ascensor, descendimos por la hermosa escalinata de mármol y atravesamos frente a la

escultura de Pignatelli. Entramos en la garita, los policías nacionales se habían marchado. Otro guardia de seguridad, rechoncho y simpático, vino a nuestro encuentro:

- Que, ¿apareció?, preguntó con sorna. Sonreímos.

Salimos los tres al patio de la entrada principal, soltando unas cuantas bromas acerca de lo conocido y de lo desconocido. El guardia rechoncho nos ofreció un cigarrillo que rechazamos. Él se dispuso a encender el suyo. De repente, oímos un extraño murmullo a nuestros pies, el cigarrillo del guardia quedó colgando en la comisura de sus labios. Escuchamos con atención: el murmullo fue agrandándose hasta convertirse en un ronco estruendo de agua circulando. El misterioso aljibe se estaba llenando de una corriente que no sabíamos de dónde venía. Nos miramos asombrados. Un tenue rayo de luz se abrió paso entre los celajes nocturnos anunciado el inminente amanecer.

Un inquietante sonar de cascos de caballo pareció llegar desde el interior del patio, nos giramos. No vimos nada, pero oímos y sentimos el rodar de una carreta y el galopar de unas invisibles caballerías sobre el empedrado del patio de Presidencia. El ruido creció hasta que pudimos percibir claramente la presencia espectral del carro. Al pasar frente a nosotros adivinamos unas fantasmales sombras de caballos de tiro azuzados por el látigo de un espectro. El grito del incorpóreo auriga heló la sangre en nuestras venas y el chasquido de sus fuetazos fue apagado por la carcajada infrahumana del etéreo y pestilente cuerpo de lo que pudo haber sido una religiosa que le acompañaba en el pescante. Desde algún recóndito lugar del aljibe el coro horrible del llanto de unos niños multiplicaba su eco a través de la bóveda. Sólo fueron segundos. Interminables y dramáticos.

Allí, turbados aún por lo sucedido, convinimos en no contar a nadie nuestra extraordinaria experiencia. Sin embargo, no acordamos nada respecto a escribirla. . . recursos de político.

**Fin**